

ADIVINAS DEL FUTURO...



¡Lástima que el último anillo de la cortina, se ha salido...!



Elena siempre fue coqueta y elegante. Profusamente perfumada y orgullosa de sus ochenta años, vestida prolijamente y con su blanco cabello muy bien arreglado, ingresó al asilo de ancianos, en las primeras horas de la mañana. Su corazón, latía desgarrado desde hacía treinta días, cuando falleció su compañero, aquel con el que había compartido sus últimos sesenta años.

- *En ese geriátrico, la van a atender muy bien. Se va a sentir muy cómoda...* - todavía retumbaba en sus oídos, el eco de las cínicas palabras de su nuera, aquel domingo en que decidieron en una improvisada reunión familiar, que ella se fuera de su casa – *Si el desagradecido de mi hijo no fuese tan “pollerudo”, yo podría haber seguido viviendo feliz en mi casa... pero esa tilinga le llenó siempre la cabeza y él, nunca me quiso escuchar.*

Ella, un viejo bastón y el bolso azul - aquel que había comprado muchos años atrás, en las tranquilas playas de San Clemente del Tuyú -, era lo único que le quedaba finalmente, de su extensa y prolongada vida en familia. Sentada en el duro banco del vestíbulo del asilo, sonreía dulcemente cuando alguno que pasaba, le mordisqueaba un “Buenos días...”

- *Le están limpiando la pieza, abuela...* - le dijo preocupada y contrariada la encargada - *creíamos que usted iba a llegar más tarde. Su familia nos dijo que la iban a traer a eso de las once de la mañana*
- *Si, es cierto, pero yo me vine sola con un remis* – contestó Elena, guiñándole un ojo y apoyando con firmeza sus dos manos en el manoseado bastón.

Después de horas y horas de esperar pacientemente, su cuarto estuvo listo. Era pequeño, pero en él, Elena estaría sola y sin la compañía de nadie. Abrió la única ventana y una suave y picara brisa, le acarició el rostro mientras le despeinaba un mechón de sus cabellos. El jardín trasero, estaba pletórico de plantas de todos los tipos y colores. Una Santa Rita se agitaba con sus góticas flores, intentando imitar un suave oleaje. Una Rosa China se esforzaba en parecer bonita. Los Geranios, pretendían ser hermosos y quitarle algo del azul más azul, al mismo cielo. Una palmera erguida y firme – parece un perfecto plumero, pensó, mientras sonreía de la insólita comparación que semejante gallardía, le había sugerido - sobresalía marcial entre los tilos, los palos borrachos y una retorcida higuera. Y el canto de los pájaros, particularmente intenso en aquella primaveral mañana, parecía un coro de ángeles en miniatura, acariciando suavemente sus sentidos.

Unas sencillas cortinas, colgaban elegantes de su espléndida ventana. Eran de un color rosa muy intenso, exactamente igual como a ella, le gustaban. Y con el fondo de aquel paisaje idílico que podía contemplarse desde su ventana, la armonía entre la materia y el espíritu, era muy fácil de lograrla en plenitud

- *¡Me encanta! Todo esto, me gusta mucho más de lo que yo pensaba... - afirmó entusiasmada y haciendo todo tipo de planes respecto a su futuro – lástima que el último anillo de la cortina, se ha salido...*
- *Voy a poder escribir mis poesías, esas que tengo en la cabeza y que siempre postergué. Voy a escuchar todos mis programas de radio favoritos. Le voy a tejer a mis nietas, todo lo que ellas me pidan. Voy a leer y releer mis libros favoritos... y si no me tiembla el pulso, voy a pintar con mis acuarelas ¡Cuántas cosas lindas que tengo por hacer! ¡Lástima que el último anillo de la cortina, se ha salido...!*
- *La felicidad, es algo que uno mismo decide – se repetía y repetía a sí misma, pues era su más profunda e íntima filosofía. Sabía que el “arreglar su mente”, era más importante aún que el arreglar los muebles, para poder estar en paz. Años y años de vivir, la habían fogueado y como una verdadera maestra de la vida, agradecía humildemente a Dios por los órganos que “todavía le funcionaban bien”*

Desde niña, había aprendido a liberar su corazón del odio y casi lo había logrado (quizás no tanto con su nuera, pero lo había intentado) Mientras desempacaba sus escasas pero suficientes pertenencias, recordaba el consejo de su madre: “- Si quieres vivir muchos años, vive sencillamente y haz lo imposible por liberar a tu mente de las preocupaciones”. Una foto de su esposo e hijo, cuando este último cumplió el primer año de vida, ocupó el centro de su estrecha mesa de luz - *¡Lástima que el último anillo de la cortina, se ha salido...!*

Una foto de su padre junto a ella, vacacionando en las bucólicas Sierras de Córdoba, tenía en su dorso escrito lo que él siempre repetía: “El secreto de una buena vida, esta en dar cada vez más, pero esperar cada vez menos”. Le dio un tierno beso a esa foto y aprovechando un pequeño clavo, aprisionado desde siempre en la gruesa pared de concreto, la colgó cuidadosamente. Cuando miró hacia arriba, volvió a ver la parte superior de la ventana y exclamó - *¡Lástima que el último anillo de la cortina, se ha salido...!*

Dispuesta a solucionar el pequeño detalle estético por sí misma, acercó la silla a la ventana y asegurándola, puso un pie sobre ella. Con un moderado y decidido esfuerzo, consiguió encaramarse (- *¡Lástima que el último anillo de la cortina, se ha salido...!*) Enganchar el anillo, no parecía una tarea demasiado imposible para ella. Estiró su mano y agarró firmemente la cortina, pero un zumbido agudo y de intensidad muy leve en un principio, fue creciendo hasta adueñarse de todo su cerebro. Las cosas comenzaron a girarle enloquecidas, más y más... - *es un mareo, ya se me va a pasar –* trató de consolarse, pero se agregaron náuseas y sintió que el mundo, se acababa... solamente alcanzó a aprisionar muy fuerte entre sus manos, al rosado cortinado.

Despertó y la cortina entera, cubría a casi todo su cuerpo. Calculó que en su caída, el haber logrado agarrarse del cortinaje, amortiguó en algo la intensidad del golpe. Se

alegró de estar ilesa e intento sentarse. Fue entonces cuando sintió un dolor muy violento y perforante, en su ingle derecha. Su pie del mismo lado, se había inclinado hacia el suelo como una flor marchita y toda esa pierna, parecía más corta que la otra. Intentó moverla, pero nada... solo el dolor y la angustia, mezcladas con la bronca - *¡Con todo lo que tengo para hacer y me viene a pasar esto!* – fue en lo único que pensó.

La mucama dio el alerta y el médico, corrió en las escaleras. El dolor había aumentado y el galeno, no dudo en administrarle un analgésico potente y un sedante fuerte. Cuando la ambulancia la llevaba, Elena dormía profundamente por efectos del calmante...

En el sanatorio ocupó - luego de realizar radiografías y análisis de bienvenida -, una silenciosa y oscura habitación, con dos solitarias camas. En el otro lecho, una anciana roncaba, en un cuadro de similares y tristes condiciones que el de ella.

Bajo los efectos del sedante, todo el cuerpo de Elena pendía flácido y desmadejado como un títere, al que le aflojaron los hilos con que lo dirigían. Con la boca muy abierta, tan solo era una caricatura de lo que ella había sido unas pocas horas antes. Un joven y apurado médico, la revisó rápidamente y escribió lapidario y con mala letra: *“Paciente en coma, de causa a determinar. No hay familiares, en el momento del examen...”*

- *¿Para qué los internan a estos gerontes? Solamente son unos caños sin futuro... Mirá la piltrafa que es esta vieja y encima, con una fractura de cadera. Vivir así, no tiene sentido...* - dijo la enfermera Lidia, del turno tarde, a la cual llamaron de la Oficina de Personal, para notificarse de la fecha de sus próximas vacaciones.

En el ínterin en que la enfermera Lidia se ausentó, los residentes médicos trasladaron a otra habitación, a la anciana que roncaba al lado de Elena, pues necesitaban ocupar esa cama con una paciente VIP. Luego, también trasladarían a Elena a otro sector.

La nueva paciente que se encontraba ahora acostada en la otra cama, había ingresado como una urgencia quirúrgica, por un fuerte dolor abdominal. El Jefe de cirugía, estaba en camino al sanatorio para operarla él, personalmente.

Lidia – luego de completar su trámite administrativo - regresó sigilosamente a esa habitación con una jeringa y varios frascos ocultos en los bolsillos de su guardapolvo. Cerró la puerta del cuarto y se acercó silenciosa hasta Elena. Se sonreía y la contemplaba a la anciana con un brillo especial en sus electrizantes ojos negros, mientras suspiraba entrecortada y superficialmente. Sin embargo, ignoraba los cambios de cama que se habían producido durante su corta ausencia.

Hizo un gesto de mordaz saludo con su mano izquierda, que acompañó con un sarcástico *“Chau, noble ancianita”* y una risita muy contenida. Parecía gozar morbosamente lo que hacía. Primero le administró potasio endovenoso, con el cual Elena pareció quedar aun más flácida y a los pocos minutos, se le distendió el abdomen como un enorme globo, culminando en una profusa y acuosa diarrea que explotó, debajo de las colchas. El pulso, se le tornó pesado y sumamente lento, pero – inexplicablemente - no murió... Elena, siempre había sido muy fuerte.

Con el rostro serio y el ceño fruncido, la enfermera recargó la jeringa y se la descargó como un cruel escupitajo, en lo profundo de las venas. La insulina endovenosa en altas dosis, le produjo a Elena unos rápidos y vibrantes temblores, que hasta sacudían el lecho de la infeliz anciana. El cuerpo se le empapó rápidamente, con una extensa y fría sudoración. Finalmente, su cuerpo comenzó a estremecerse y sacudirse, víctima de horrendas convulsiones, pero – inexplicablemente - no murió... Elena, siempre había sido muy fuerte.

- *¿Pero por qué no te morís de una buena vez, con todo lo que ya te di?!
¡Morite, vieja de mierda! Me estas atrasando el trabajo que tengo con todo el resto de enfermos...*

Contrariada e impaciente, Lidia le administró una voluminosa dosis de un barbitúrico para uso endovenoso. La respiración, poco a poco fue cesando... hasta que para siempre se extinguió, acompañado de un último movimiento brusco de su cuello, que estalló con un sonoro y seco ¡Crack!

Aliviada y satisfecha, la enfermera giró y se acercó hasta la otra cama. Su impenetrable rostro se iluminaba con un color indescriptible y parecía muy próximo al orgasmo. Jadeaba.

- *Bueno, ahora te toca a vos... Hoy la Parca, pasa de a dos. Pero mejor me apuro, que estoy muy atrasada...* – dijo con una voz tensa, hablándole a la supuesta otra anciana, quien tenía su rostro cubierto con las sabanas, mientras ella cargaba la enorme jeringa con las tres potentes y letales drogas, simultáneamente.
- *¿Qué me vas a hacer...?! – gritó la nueva ocupante de la otra cama, quitándose de golpe la sabana de su rostro - ¡No! ¡Vos a mí, no me pones nada... ni se te ocurra tocarme el suero...! Pero... ¿Qué le hiciste a esa pobre mujer?! ¿Vos le hiciste algo, no? ¿¡Esta muerta!?- la paró en seco a Lidia, dejándola petrificada y congelada – Claro... ahora me doy cuenta, ahora caigo... ¡Vos la mataste a propósito!*

Esa enferma que – involuntariamente - parecía estar semi-oculta en la otra cama, resultó ser la médica subdirectora del nosocomio, a la cual estaban circunstancialmente esperando subir al quirófano - para una intervención en la vesícula -, en carácter de urgencia. Solo esperaban al Jefe de Servicio de Cirugía, para operarla.

La médica – sin perder la calma - logró accionar el timbre para llamar a las otras enfermeras, mientras por el teléfono celular, reclamaba apresuradamente a su secretaria.
- *¡¡¡Llámenme al Director a mi cama, quiero que venga ya, es urgente!!!*

El cadáver desfigurado de Elena, fue remitido a la morgue judicial, luciendo dos torundas de algodón embebidas en solución salina, sobre sus ojos. El médico forense ordenó – entre otras medidas – la extracción de ambos globos oculares, buscando en el humor acuoso de los mismos, el valor del potasio, del azúcar y la determinación del tipo de drogas que tenía en su cuerpo la enferma, en el momento exacto de su muerte.

Los frascos con los restos de medicamentos, las jeringas halladas en los bolsillos de la enfermera y el testimonio de la médica subdirectora, conformaron el sólido cuerpo del delito con el que se la acusó a la enfermera. En su defensa, Lidia declaró ante el fiscal de turno, que su accionar había sido profundamente humanitario:

- *De lo que yo hice, no me arrepiento. Fue una acción de amor y de piedad, que ya lo hice muchas veces. Es lo mejor que se puede hacer por una anciana que solo tenía un futuro de dolor, que no tenía proyectos de ningún tipo. ¿Qué proyectos podía tener esa vieja, llamada Elena?* – proclamó desafiante, mientras subía esposada al camión celular, que esperaba transportarla hasta el Correccional de Mujeres.

Un eco inexplicable se escuchó por todas partes cuando arrancó el transporte policial, como si llegase entre arrastrado y empujado por el viento, cansado de galopar en falso por este mundo de “adivinos y decididores” de las vidas ajenas. Parecía la dulce voz de Elena: “*¡Lástima que el último anillo de la cortina, se ha salido...! ¡Cuántas cosas lindas que tengo por hacer!*” – Pero a ese eco, solo podía oírlo la otra anciana, la que se salvó milagrosamente - por esas cosas extrañas del destino – cuando la cambiaron de cama. Es que hay cosas que solo las pueden escuchar, aquellos que se encuentran en las mismas condiciones. Elena había muerto, pero su crimen le seguía hablando al mundo...

Lidia, auto proclamada adivina del futuro y los deseos de los otros, se opuso para siempre a las aspiraciones de alguien que pretendía vivir con gusto, una plácida vejez. Su vejez...

- *¿Pero quién era esa enfermera para decidir que alguien tiene o no que morir?!* – preguntaba el hijo de Elena, profundamente anonadado, cuando por fin sé dió por enterado, de la triste suerte corrida por su madre...

